

“LA ELECCIÓN DE SER DOCENTE. BREVE REFLEXIÓN DE LA PRÁCTICA DOCENTE A LOS OJOS DE UN MAESTRO EN NUESTROS DÍAS”

AUTOR: ANA LAURA GARCIA FLORES

Hoy en día, nos vemos inmersos en una sociedad que lleva a todos a un ritmo acelerado; las personas no se ven, no manifiestan sentimiento alguno en relación al otro; es decir, se olvidan de que viven rodeadas de otros humanos que, de alguna manera, se ven afectadas por sus decisiones y acciones sea de forma positiva o negativa.

Cada una de las personas en el transcurso de su vida va tomando decisiones, como, por ejemplo: en qué escuela estudiar, a qué persona le darán su amistad o mantendrán una relación amorosa o qué carrera estudiar...

En esta última decisión me voy a detener, debido a que es a lo que el individuo piensa desempeñarse por el resto de su vida, el medio por el cual desea sustentar sus gastos económicos y satisfacer sus necesidades personales de éxito y triunfo.

¿Cómo el individuo llega a la conclusión de que desea estudiar determinado oficio, carrera técnica o profesional?, ahora bien, si decidimos hacerlo en el plano educativo: ¿cómo decidirme por la docencia?, ¿qué implica ser maestro?

Considero, yo como un profesional de la educación que soy, que una persona debe atender primeramente a sus habilidades, que sea consciente de lo que puede o no hacer, qué si le agrada hacer, cuáles –en pocas palabras- son sus virtudes, y como de ellas puede sacar ventajas.

Comúnmente, al ser pequeños nos preguntan los adultos “¿qué queremos ser de grandes?” y las respuestas que pueden obtener es “doctor” o “maestro”; pero esta pregunta toma realmente sentido cuando ya estamos a punto de egresar del nivel preparatoria, donde decido si haré el examen de ingreso a la Universidad o a una escuela Normal (esta última especializada en la formación de docentes, específicamente de la educación básica)

En ocasiones, decidimos por la profesión de psicólogos, economistas, contadores, médicos, periodistas, etc; hacemos el examen y, con tristeza, recibimos el resultado de que no nos quedamos en la opción que elegida.

Es allí cuando nos resignamos y llegamos a decir “*¡pues ni modo, aunque sea de maestro!*”. Dicha expresión la llegué a escuchar de algunas de mis compañeras de la Escuela Normal, cuando yo era allí una estudiante. Ejemplos tales como que querían ser veterinarias, médicos, psicólogas, y al hacer su examen de ingreso a la UNAM y no quedarse decidieron ingresar a la Escuela Normal, influenciadas también por sus padres –algunos de ellos maestros- (con esto no quiero decir que todos los hijos de maestros, llegan a serlo sólo porque tienen influencia de los padres, sino porque verdaderamente sienten esa vocación a la enseñanza).

Esta no es la forma de elegir a lo que te vas a dedicar en la vida, elegir una profesión porque no te queda de otra o, porque por lo menos allí trabajas “cinco días a la semana”, no es ético. Antes bien, no te estás dejando guiar por los valores que posees como honestidad, lealtad y respeto por tu persona, hacia los deseos y anhelos que tienes para realizarte a ti mismo.

Durante el proceso de selección de carrera, los orientadores y escuelas universitarias organizan cursos de orientación vocacional, ferias educativas. Se puede aplicar un test, indicándote para lo que eres bueno, y te dan algunos *tips* a seguir para que tu elección sea la mejor.

Lo que el estudiante debe tomar en cuenta son factores como los siguientes:

En primer lugar, menciono la *satisfacción personal*, valorando sinceramente las aptitudes y actitudes, así como el empleo y el desarrollo que se tenga después de estudiar, para eso se necesita buscar la oferta laboral. Sin embargo, hay quienes sólo consideran este punto, negándose a sí mismos la oportunidad de estudiar lo que les agrada, por temor a no encontrar nunca trabajo, antes bien, seleccionan carreras que ni son de su agrado, pero al pensar que pueden tener un buen ingreso económico, consideran esta opción, negándose a ser personas auténticas con sus propios ideales y necesidades.

Se busca la escuela más cómoda al hogar, sin necesidad de esforzarse a levantarse temprano, o desplazarse por largos trayectos. Esto merma la posibilidad de alcanzar su meta, de realizarse profesionalmente (el mínimo esfuerzo).

El ambiente también es importante, se debe sentir en confianza dentro y fuera de la escuela, con los compañeros y maestros. Con esto no quiero decir que todos deben llevarse de maravilla en el trato para estar bien. Hay que recordar que cada cabeza es un mundo, y cada quién posee su propio horizonte axiológico, pero si es necesario para que el individuo se pueda desarrollar y retroalimentar de los otros. En este apartado también la comunicación que se llegue a entablar con el otro -entendido no como hablarle a los demás para dominarlos y lograr sus fines- para establecer una sana convivencia.

En mi caso, había decidido estudiar una profesión, la cual me llevó a conocer personas diferentes a mi contexto, la ubicación de la Universidad estaba a dos horas aproximadamente, para llegar y tomar clases a diario desde las 7 am. Estaba cumpliendo parte de una meta que me había hecho desde la educación secundaria y sentía satisfacción en ello. Pero conforme fueron pasando los semestres, la carrera universitaria elegida ya no estaba cumpliendo mis expectativas. Aunque reconozco, que guardo gratos recuerdos de mi estancia allí, de lo que aprendí, de excelentes maestros que tuve en clase, así como compañeros a quienes se les notaba el amor por la carrera. Por lo anterior, después de meditarlo, tomé la decisión de cambiar de carrera, y realicé un examen de ingreso a la Escuela Normal, en la cual fui aceptada.

Al ingresar a la Escuela Normal -aunque era un ambiente nuevo- pude adaptarme rápidamente, descubrí actitudes y aptitudes que pensé no tener. Pude desenvolverme mejor con mis compañeras y con los maestros, a quienes yo veía como inalcanzables. Aunque mis compañeras en un principio rechazaban la decisión que yo había tomado de

abandonar una carrera en la cual yo llevaba dos años, así como Universidad que muchas deseaban, hasta la fecha no me arrepiento de la decisión tomada. Estoy agradecida por las consecuencias de mi decisión para con mi persona, siento orgullosa de decir que *“yo no soy maestra porque no me quedó de otra, más bien, fue elección mía”*

Es así que considero que la carrera de la Docencia, implica para la persona que la elige una labor titánica, debido a que su material de trabajo no son objetos (entendido como algún material sin vida), antes bien, son personas, cada una con características individuales definidas o por definir, así como sus necesidades, estilos de aprendizaje y así, podría mencionar muchas otras características.

El docente tiene en sus manos la labor de *formar* a sus alumnos, sea de la edad que sea, el nivel socioeconómico en el que se encuentre, tipo de familia, problemas personales del aula, su contexto. Contemplando estas particularidades del alumno, al docente se le pide

Para iniciar, es necesario reconocer que cada persona desde que se va desarrollando física e intelectualmente, también lo hace moralmente; es decir, va adquiriendo para su persona ciertos valores como el amor, respeto, responsabilidad, libertad, que le permiten interactuar con los otros.

El individuo va abriendo y ampliando su mundo poco a poco al reconocer que existen más personas que, al igual que él, tratan de entender y desarrollarse en esta sociedad. Tiene experiencias y aprende de ellas, de sus aciertos y errores. A su vez, va madurando y tomando decisiones.

Como ya había mencionado anteriormente, llega el momento en que elige una carrera profesional, muchos eligen ser médicos, abogados, enfermeras, contadores, ingenieros, arquitectos y maestros (algunos por convicción y otros porque no queda de otra)

La carrera de docente es una actividad de gran importancia para cualquier sociedad y en cualquier época de la que se quiera hablar (sea concebida ésta en su forma profesional o en la familia).

Podemos hablar desde los egipcios que dedicaban especial atención a educar a los niños para que sirvieran al faraón en su pueblo -sean hombres o mujeres sin distinción- o los griegos que iniciaron con la escuela pública y cuyas intenciones era formar al hombre tanto física, mental y espiritualmente; o los aztecas que tenían sus casas de estudio dependiendo de la clase social para inculcar las artes de la guerra, música, y el rostro-corazón (según la cosmogonía náhuatl), pero todo ello con un propósito: educar al hombre.

Pero para lograrlo, la imagen del maestro permanecía intachable, se tenía en tan noble su labor que, inclusive, llegaba a ocupar puestos muy altos en la jerarquía social como en el Antiguo Egipto o llegaron a ser reconocidos hasta la actualidad por sus ideas y prácticas pedagógicas en pro de los alumnos y así, de la sociedad, tal es el caso de Aristóteles, Sócrates y Platón, por mencionar a algunos de la cultura griega o de la Pedagogía moderna como Pestalozzi, Comenio, Froebel, que dieron inclusive su vida por atender las necesidades de sus alumnos y mejorar la sociedad de su tiempo.

En nuestro país todavía se podía hablar de respeto a los maestros hasta la década de los noventa del siglo XX. Digo esto porque todavía me tocó vivirlo cuando era estudiante de primaria, además, mis padres me inculcaron el respeto al maestro: *“no contestes, has caso, obedece a tu maestra”*, en fin, diversas advertencias que me daban.

Pero han surgido factores que han ido mermando la profesión del docente, desprestigiando su labor, aplicando el dicho que dice *“los justos pagan por los pecadores”*, porque como en cualquier otra profesión, hay de todo tipo de personas, aquellas de aman su trabajo y que sienten placer al desempeñarlo, hasta quienes están sólo por mero interés económico; además, que por Derechos Humanos se le tiene que hablar al alumno y al padre de familia con mesura, respetuosos, pacientes y tolerantes, ante la respuesta de los padres de familia que no les parece que digan que su hijo se le dificulta atender normas de convivencia, por mencionar algo, teniendo el maestro obtener una llamada de atención de sus superiores, aunque haya tenido la razón, o peor aún una demanda y retiro de sus funciones. Esto lo repito, cuando es una situación donde el maestro es víctima, aclarando, porque también se da la situación de docentes que no desempeñan su trabajo de forma adecuada.

Poco a poco, la imagen del maestro se ha ido deteriorando; muchas de las ocasiones iniciado por el mismo maestro, que llega al punto de decir *“pues voy a estudiar, aunque sea de maestro”*, como si ser maestro, fuera cualquier empresa fácil que cualquier persona pudiera desempeñar. En ocasiones, somos nosotros mismos, maestros, quienes denigramos y menospreciamos nuestro trabajo.

También influyen nuestras acciones tanto dentro como fuera del aula. En una ocasión, un profesor de la Escuela Normal comentó que los maestros son personas públicas, como los famosos, porque los demás están al pendiente de los errores que puede cometer, con lo anterior, no quiero decir que el docente debe ser perfecto, antes que maestro, es humano, una persona que ha recibido una formación previa, brindada desde el hogar y por las instituciones educativas en las cuales ha transitado.

En fin, hay muchos ejemplos de los cuales se puede comentar. Pero es cierto que los maestros dentro y fuera del aula somos agentes de imitación y ejemplo para nuestros alumnos. Como un profesor decía *“no olviden que son figuras públicas porque en cualquier lugar pueden ser reconocidos... el mundo es tan pequeño”*.

Eso es cierto, ya que dentro o fuera de la institución escolar, los alumnos tienden a observar qué es lo que hacemos o dejamos de hacer; se incluyen los valores: yo no puedo decirle al alumno *“no te burles de tu compañero...”* cuando nosotros mismos somos los causantes de que lo hagan, o les decimos *“no digas groserías”* cuando al hablarle a la compañera o compañero de trabajo o a una madre de familia lo hago con palabras altisonantes.

Otro ejemplo que puedo mencionar es que, en una ocasión, trabajando el tema de la alimentación y del por qué no deben comer alimentos chatarras con niños de educación preescolar, se me ocurrió comprar un refresco y los niños me dijeron *“maestra, tu dijiste que no podemos comer comida chatarra y el refresco es comida chatarra”*

El comentario anterior me ayudó a comprender que se debe también poner en práctica lo que les manejamos en el aula a los alumnos porque también aplica para mí la enseñanza,

no por decir que soy maestra, soy la autoridad y se hace lo que yo digo, como dirían en el dicho, sepulcro blanqueado... ya que le digo a los demás lo que tienen que hacer, pero no es aplicable para mí. Por lo tanto, estoy cerrando la posibilidad de expandir mi horizonte axiológico.

Por ello, es indispensable tener en cuenta que se trabaja con seres humanos, cuyas características son particulares y, por lo mismo, no me puedo dejar llevar por el simplemente *"me dedico a esto porque no me quedó de otra"*. Si se va a trabajar en la profesión que sea se deben hacer bien las cosas, no dejarlas a medias o de plano, dar las gracias y dejar el trabajo, y ello aplica también a la docencia.

Recuerdo también, respecto a actitudes que manifiestan las maestras, hay algunas que se dejan llevar por su resentimiento de no haber estudiado lo que anhelaban y echan a perder el tiempo que pasan con los alumnos en el aula. En una ocasión, una maestra no dejaba hacer nada a los niños: ensuciarse, pararse, platicar, inclusive sonreír, ella siempre parecía enojada, aunque dijera que no era cierto, pero llegaba a resaltar en sus platicas que ella no quería trabajar en ese lugar porque estaba muy lejos de su casa, y había tenido que dejar a su familia para poder asistir a trabajar.

No cabe la idea de que por esta causa se formen alumnos resentidos con los maestros y con la sociedad, depende del actuar del maestro para que un alumno lo recuerde con cariño o enojo en su juventud o adultez, no porque quiera que todos lo tengan presente todos los días de su vida, sino porque también es su necesidad de trascender hacia los demás, y ¿cómo lo voy a lograr? Pues realmente cumpliendo con mi labor.

En cuantas ocasiones no hemos escuchado decir a las personas *"yo recuerdo a mi maestra de primaria porque gracias a ella yo aprendí a leer"* o *"recuerdo cuando mi maestra me compartió de su comida porque yo tenía hambre y no llevaba nada de comer"* nada cuesta al maestro portarse a la altura del cargo que desempeña, ser humano y no sólo ser esa figura que está frente al pizarrón, diciendo *"niño guarda silencio, niño no seas grosero"* etc.

Debemos elegir qué tipo de maestro queremos ser: un maestro que imposibilite la comunicación con los otros, que sólo se limite a brindar sus conocimientos sin ni siquiera dar la cara a sus alumnos, como un maestro de matemáticas que, en el afán de resolver sus ecuaciones, se explica a sí mismo, dando la espalda al alumno y ni siquiera interactuar 5 minutos con su grupo.

Otra postura en la que como maestros podemos caer es aquella que pone de manifiesto a un docente que siempre quiere tener el control de todas las situaciones, así como de todos los alumnos; decide ser autoritario, todo lo sabe, todo lo manipula, sus tiempos son inquebrantables, nada flexibles ni con los alumnos, padres de familia y mismos colegas.

Dentro de mi experiencia académica, conocí a un maestro que daba la clase de historia, quién decía que sólo se tenía que ocupar el libro que él había publicado, que el resto de los libros de demás autores estaban mal, y sólo importaba la opinión que él tenía. Casi obligaba a que se pensara como él.

También se llega a adoptar la postura de reducir al alumno a *"cosa"*, ver al niño como personas carentes de opinión, de opinión crítica. Hay maestros que desean tener la palabra,

sin cabida a que otro la tome y, no permiten que el alumno llegue, inclusive, a comunicarse con sus pares. Son dueños de la palabra y del silencio en la clase.

La labor pedagógica va más allá de brindar aprendizajes a un niño. Quién verdaderamente “educa”, lo hace no sólo con las palabras, sino con el ejemplo, teniendo una apertura hacia los alumnos, los padres de familia y los cambios que se van suscitando.

Es nuestro deber continuar actualizándonos, y brindar a los niños lo mejor de nosotros. Se trata de que el alumno sienta amor por lo que aprende, que no le sea pesado levantarse todos los días de la semana para asistir al colegio, sino llegar al punto tal en que el alumno disfrute de su aprendizaje, de la convivencia diaria que tiene con sus compañeros y maestra.

Si algo debemos tener en claro es no repetir los errores que hemos visto en los otros. Este trabajo es muy agradable si lo ejerces con amor y paciencia, no con ello quiero decir que te vas a desvivir y quedar en la calle para darle todo a tus alumnos, pero si puedes ser capaz de brindar alegría a los niños, mostrarte más amable con ellos, interesarse en sus comentarios, en alentarlos a que luchen por alcanzar sus metas.

Justo es también que se cambie la idea que se han creado de los maestros, solicitando de la otra parte –es decir, de la sociedad en general- que respete la gran labor que tiene el maestro, que es necesario que lo motiven, no con regalos, simplemente con un “gracias maestro”, “tiene mi apoyo maestro en lo que necesite”, “yo le creo cuando me dice que mi hijo es...”, “voy a hacer lo que usted me sugiera maestro para que mi hijo tenga avances”, etc. Si la idea errónea que se tiene del maestro cambiara, la educación tendría más avances, porque se lograría un trabajo en conjunto, donde padres de familia y maestro se pongan de acuerdo por el bien común del estudiante.

Es necesario que se enfatice el papel del padre de familia, para no dejarle toda la responsabilidad al maestro, recordemos que la familia es quien educa, es la primera escuela. Ayudemos a que el maestro no se desanime, que no piense que su labor no tiene sentido; evitemos que caiga en esa idea de no considerar a un alumno, como consecuencia de la falta de apoyo de los tutores. Evitemos que el docente evite esforzarse, al sentir que su labor ya no tiene sentido, porque no se le reconoce su esfuerzo, su dedicación.

Por ello, el maestro, al decidir serlo, por vocación o porque por azares del destino termino en esa profesión, de acuerdo a su ética profesional, debe ejecutarlo con responsabilidad, siendo coherente entre lo que dice y lo que hace; pero también, ni sus autoridades educativas ni la sociedad en general debe dejarlo solo, cargando con toda la responsabilidad de educar a la “sociedad del mañana”, fijándose solo en los errores que comete, y no en las acciones que para bien ha tenido para con sus alumnos. Es una responsabilidad compartida.